

que Nueva York se divide en cinco enormes distritos, y uno de ellos, es éste, Manhattan. Al cruzar por la calle 42, en su encuentro con la Quinta Avenida, acerté por pura chamba a fijar mi vista en un pequeño comercio de quesos. Y en el escaparate, con la sorpresa que ustedes pueden imaginar, leí un cartel en el que anunciaban ¡los famosos quesos manchegos de Villa Robledo! (copio, literalmente, la grafía con que se anunciaba el rico producto de nuestro pueblo). ¡En el centro de Nueva York!

Saqué, inmediatamente, mi máquina fotográfica, que hube de cargar con un rollo, no sin cierto nerviosismo, sobre un cubo de basura de los muchos que hay en Nueva York, ciudad enorme con el gran problema de que los servicios de limpieza son infames. Y dejé constancia gráfica del feliz hallazgo del queso de Villarrobledo expuesto en el local.

Si quieren que, a vuelapluma, les diga mi impresión sobre Nueva York baste con decir que todo es grande, descomunal; que uno se siente minimizado al principio, gusano entre tanto rascacielos: el Empire State Building, el World Trade Center con sus dos gigantescas torres gemelas...

En Nueva York sentí a Villarrobledo más que nunca. Y no sólo por la anécdota emocionante del queso de mi pueblo en la Quinta Avenida. También porque comencé a divagar, en un melancólico soliloquio sobre las ventajas y desventajas de quien vive en una inmensa ciudad deshumanizada y quien crece y reside en un pueblo.

Los que por razones profesionales tuvimos que emigrar y dejar nuestro pueblo, hemos pagado un alto precio al residir en la gran ciudad. Perdimos el contacto diario, el calor con nuestras gentes. Dejamos un paisaje querido. Medimos ahora el tiempo de otro modo. Los minutos en Villarrobledo se paladeaban de otra forma en las largas reuniones con amigos en los bares del pueblo, en los infinitos y repetidos paseos por "la calle de la Plaza", la calle del periodista Graciano Atienza, y las dominicales subidas, calle de La Virgen arriba, hacia el Santuario de Nuestra Señora de la Caridad.

Vuelan los segundos, los minutos, las horas y los días en Nueva York. Casi igual que en Madrid, o en Barcelona. Advertí que ese miedo a la calle, el pánico a circular en horas determinadas por Nueva York, no es sino tópico y psicosis. Circulando por un tramo de calle 42 neoyorquina, tenida por peligrosa ante la afluencia de descomunales negros envueltos en alcohol o víctimas de la droga, sentí menos pavor que cuando por Madrid deambulaba al anochecer, ahora que la tranquilidad ciudadana se ve tan ferozmente atacada.

Y entonces me acordé más que nunca de los placeres cotidianos en Villarrobledo; de la interminable conversación amistosa con el paisano en las largas madrugadas del pueblo. Nos hemos quejado muchas veces del aburrimiento, del tedio, de la falta de horizontes en la pequeña ciudad. No sé qué es mejor, si padecer ese monótono discurrir de los días en la llanura manchega, midiendo el tiempo paso a paso, cubriendo el calendario de problemas cotidianos del familiar, el amigo y el vecino, o contemplar cómo vuelan las hojas del almanaque para los que dejamos un día el pueblo y nos anclamos en la gran ciudad deshumanizada, llena de humos, insolidaria con nuestras cuitas. "¿De qué os quejáis, amigos de Albacete...?", escribía "Azorín" en la posteridad de su vida, en un artículo que guardo en el desván de mi memoria. Y en La Mancha, en Villarrobledo tienen ustedes, tenéis, queridos paisanos, muchas cosas que bastantes emigrados hemos perdido. "La Mancha no tiene esquinas. Todo lo ve Dios noble", me dijo no hace mucho el genio, escritor, poeta y director de cine Manuel Mur Oti. Llevaba razón.

Otra cosa es que, con los nuevos aires, Villarrobledo afronte los problemas con entusiasmo y sin revanchismo; que se destierre la emigración para aquellos que quieren seguir pisando los surcos o las calles de nuestra ciudad. Y si alguno debe y tiene que irse, deberá saber que a cambio de ciertas ventajas en su futuro, habrá de pagar ciertas cosas. No sólo la añoranza.

Cuesta mucho salir del pueblo. Y triunfar en la vida, siquiera íntimamente. El precio, muchas veces, es ir quemando vertiginosamente el tiempo en una sociedad deshumanizada.

Manuel Román